

res delicados para sí y su familia. Lisonjeado sobremedera el caudillo popular con esta petición, se apresuró á concederla y á enviarle una crecida provisión de exquisitas frutas y otros regalados refrescos, en que abundaba ciertamente la ciudad. Mas cuando muy ufano entendía en disponer la remesa, haciendo alarde de su generosidad con el refugiado de Castelnuovo, algunos de los que le rodeaban, mirando de mal ojo tanta premura en el hombre del pueblo, le dijeron que no se diese tanta prisa en complacer á sus opresores, ni diese tanto aprecio á halagos dispuestos para adormecerlo y amansarlo; y haciéndole subir al campanario del Cármen, que señorea el mar, le mostraron una galera que maniobraba con diligencia para acercarse á la playa y tomar á bordo dos compañías de españoles, que debían ir á reforzar la guarnición del castillo, ó á verificar tal vez un desembarco donde más conviniere, para hostilizar á la sublevación. Indignose Masaniello, y por remediar pronto el descrédito que le podía haber acarreado su buena fe y su generosidad, juntó las turbas, gritando: *á las armas*; y salió decidido con fuerza escogida y numerosa al encuentro de aquellas tropas. Estas, viéndose descubiertas é imposibilitado el embarco, intentaron la retirada; mas siendo imposible, se hicieron fuertes en un convento, teniendo pronto que rendirse después de una inútil aunque vigorosa resistencia. Este nuevo triunfo aumentó el entusiasmo; y volviendo los vencedores al mercado, reunidos con los de San Lorenzo y con los de las facciones anteriores, dispuso Masaniello repartirles no sólo los refrescos con tanta prisa preparados para el Virey, sino gran cantidad de viveres y de barriles de vino, que se sacaron de los almacenes públicos. Mereció y obtuvo por esto los mayores aplausos y los más sonoros vivas de la muchedumbre, que comiendo, bebiendo, poniendo aparte para la familia, y destruyéndolo todo, gritaba: *Todo es nuestro, todo está comprado con nuestra sangre* (1). Y aun no contento el caudillo con haber dado tan cumplida satisfacción á las sospechas de los unos, y con haber completamente desconcertado las asechanzas de los otros, para asegurarse más la confianza del pueblo, y para poner en más aprieto á los españoles, mandó fortificar las avenidas del palacio y de los puestos donde permanecían las tropas, y cortar los viveres á los castillos, que hasta entonces habían conservado franca comunicación con la ciudad.

Mucho cuidado dió al Virey la actitud hostil de los sublevados, su marcada decisión, y su fortuna y regularidad en las operaciones que intentaban. Y aunque ya estaba seguro de que era imposible que la nobleza desertara de la causa del Rey, y que se reuniese con ellos, le parecía peligroso dejar tomar tanto cuerpo y consistencia al movimiento popular; por lo que se decidió á echar mano de los medios que tenía en reserva.

El cardenal Filomarino, encerrado en su palacio desde que logró retirarse al pueblo de San Luis para dar lugar á la evasión de la autoridad suprema, que estaba en inminente peligro, no había vuelto á trabajar activamente para amansar el motin. Miró con suma inquietud los pasos dados por los señores, de quien era enemigo implacable, para calmar la conmoción, temiendo que lográndolo, recuperasen su perdida influencia. Mas cuando vio gozoso que sus mensajes y relaciones con el pueblo en aquella ocasión le habían sido completamente contrarios, juzgó llegado el caso de ejercer la suya, y valiéndose de medios reservados é indirectos, ofreció al duque de Arcos sus servicios. Fueron inmediatamente aceptados, y después de mutuos concertos pasó el Cardenal arzobispo á Castelnuovo á abocarse con el Virey.

Se echó sagazmente aquel día la voz de que unos frailes habían por casualidad encontrado el privilegio original de Carlos V, y que los *electos* de los sediles nobles y el P. teatino José Caracciolo lo habían llevado á Castelnuovo: noticia que cundió con rapidez, y que fué acogida con alegre ansiedad, si bien no faltó quien desconfiara de ella creyéndola un nuevo ardid de mala ley. Sobre esta ocurrencia, que siendo cierta allanaba muchas dificultades, se fundó el mensaje de que se encargó el cardenal Filomarino, después de conferenciar largo rato reservadamente con el Virey.

Marchó, pues, en su carroza, llevando el privilegio dichoso para entregarlo al pueblo, que advertido del caso corrió á la plaza del Mercado, ocupándola toda y agolpándose en sus avenidas. Fué recibido con respeto en ella el Arzobispo, y abriéndose el gentío le dió estrecho paso hasta la iglesia del Cármen. Entró el Cardenal, llevando delante de sí á Masaniello con la espada desnuda en la mano, en derredor los jefes populares, y detrás una apiñada y compacta muchedumbre. Y puesto en pie en el presbiterio, leyó en clara y alta voz el anhelado documento, que estaba escrito en viejo pergamino, con antiguas y deslustradas letras de oro, y con el carácter de la época en que debió ser expedido.

Tanto á la llegada del Prelado como mientras

duró la lectura, circularon por las apretadas masas ciertos sordos murmullos poco favorables, que en vano quisieron acallar Masaniello con ceño amenazador, y con señas de satisfacción y convencimiento del séquito arzobispal. Y concluida la lectura, cuando era de esperar una explosión de entusiasmo; varias y aisladas voces, que resonaron en el general silencio, manifestaron dudar de la autenticidad del documento. Desconcertose el Arzobispo, asomándole al rostro la turbación. Mas con sentidas palabras, buscando con los ojos el apoyo de Masaniello, dijo: *que era ofensiva á su dignidad aquella desconfianza, pues que como verdadero pastor del pueblo, siempre solícito por su bien, no podía querer engañarlo. No dejó de hacer efecto esta queja del Prelado. Y Masaniello, que le tenía gran veneración, gritó con desenfado: Señor, esta es gente inconsiderada, que no sabe el respeto que debe á Vuestra Eminencia, y lo cree igual al duque de Maddalona y á los otros señores. Pero yo, que conozco lo que valen las palabras de Vuestra Eminencia, dejando la verdad del privilegio contra la furia y la ignorancia de todos. Remolinose el gentío no muy satisfecho, y el Cardenal, dueño de sí mismo, con sangre fría imperturbable exclamó en alta y sosegada voz: Yo creo que este es el privilegio que se desea; y para quitar toda duda, venga alguna persona inteligente, y que merezca la confianza del fidelísimo pueblo, á reconocerlo detenidamente, que yo resuelto estoy á no moverme de aquí hasta que se averigüe la verdad. Este medio, ó preparado de antemano ó ocurrido oportunamente al sagaz Filomarino, tuvo cumplido éxito. Pues sosegados los ánimos con aquella muestra de confianza, fué nombrado y elegido Julio Genovino (era lo que se deseaba), como letrado, conocedor en la materia y consejero del pueblo, para examinar el privilegio. Pasó este inmediatamente de las manos del Cardenal á las del poderoso pescadero, quien lo entregó al viejo solapado, que se retiró aparte para examinarlo con detención (2).*

Entre tanto, aunque se acercaba la noche, permaneció el Cardenal firme, como había ofrecido, en el convento del Cármen. Y no perdió ciertamente el tiempo, antes bien lo empleó diligentemente en favor de sus diocesanos. Pues advertido de que estaban decretados nuevos saqueos é incendios, que aquella noche debían verificarse, habló con tanto tino y resolución á Masaniello, y exhortó con tanta uníon y celo á los más díscolos y feroces de los sublevados, que consiguió no sólo que se suspendieran aquellos actos de destrucción, sino que el mismo Masaniello le ofreciese solemnemente que por complacer á tan buen Prelado no se llevarían á efecto los dispuestos para aquella noche, ni se permitirían otros en lo sucesivo. Y mandó echar bando, prohibiendo con pena de la vida todo saqueo é incendio. Y en verdad que en aquella ocasión se portó el Arzobispo como buen caballero; pues los palacios designados para ser destruidos aquella noche eran precisamente los del duque de Maddalona y de otros nobles sus más encarnizados enemigos, y de quienes había recibido hasta insultos personales.

Julio Genovino, ó bien porque con la adquisición de aquel documento, falso ó verdadero, se llenaba el objeto de la sublevación, imposibilitando el establecimiento de nuevas gabelas; ó porque empezaba á concebir celos del desmesurado poder del ignorante y zafio pescadero, ó porque, como escribe el historiador Santos, y da á entender el conde de Módena, ambs contemporáneos, estuviese ya vendido al Virey, por la oferta de la presidencia de la real cámara de la Sumaria, dió por bueno el documento, después de haber pasado largo rato en examinarlo. Y lo hizo con tanta destreza y sagacidad, que llamó varias veces á otros sublevados, también letrados, pero ignorantes, como para consultarles ciertas dudas, que se decidieron siempre favorablemente: cuidando él, después de proponerlas, de llamar la atención de los consultados á algunas manchas y señales del pergamino, que lo acreditaban de antiguo, y sobre ciertos rasgos y letras que no dejaban duda de la autenticidad.

Que el viejo y astuto consejero del pueblo estaba ya de acuerdo con el Virey, á quien también había hecho reservadas visitas José Palumbo (3), es casi indudable. Y habiendo sido elegido aquella mañana, á insinuación suya, *electo del pueblo* un tal Francisco Arpaya, en reemplazo de Naclerio, el Virey se dió tanta prisa á complacerlo, que confirmó en el acto el nombramiento, é hizo en el mismo día venir al agraciado á Nápoles, de donde estaba ausente. Había sido este Arpaya compañero de Genovino en los motines del tiempo del cardenal Borja; por lo que había estado muchos años en galeras, y ahora se hallaba, no se sabe cómo, de gobernador de un pueblito junto á Aversa.

Convencido y asegurado el pueblo con la deposición de su fidelísimo consejero, de que era auténticamente auténtico el privilegio que le entregaba el Virey por mano del Arzobispo, mostrósese muy satisfecho, y dispuesto á recibirle con entusiasmo,

como la corona de sus generosos esfuerzos, como la reparación de todos sus agravios, como prenda cierta de su futura felicidad. Y aunque la noche estaba muy avanzada, permaneció el gentío en bulliciosa quietud, llenando la iglesia, la plaza y todas sus avenidas. El Arzobispo, ufano y contentísimo del buen éxito de su misión, para completarla, al entregar al pueblo aquel documento importante, le leyó en alta voz la cédula de que venía acompañado, y en que el Virey con el refrendo del consejo colateral ofrecía el más completo olvido de lo pasado, y en nombre del Rey el *perdon* más lato y general á cuantos hubiesen tomado parte en la rebelión. Estas mal escogidas palabras, á que tanto horror tenía el pueblo de Nápoles, causaron un sentimiento de indignación, que se extendió como un golpe eléctrico por el inmenso gentío, y reventó en el espantoso trueno de un universal alarido, que estremeció la ciudad. Y resonando en grito unánime: *No somos rebeldes, no necesitamos perdon; ¡viva el rey de España, mueran los que insultan al fidelísimo pueblo napolitano!* (4); se agitó aquel mar de vivientes en deshecha borrasca; remolináronse las turbas en la confusión de las tinieblas, retumbaron los tambores, crujieron las armas, creció la gritería; y hubo un momento terrible de desorden y de ciega furia, en que hasta la autoridad de Masaniello fué completamente desconocida.

Al cabo los esfuerzos de este y de otros cabos populares, las rápidas arengas de Genovino, las voces ó protestas del Cardenal, y la misma vehemencia de la excitación, que debía hacerla pasajera, aquietaron poco á poco aquel vértigo de furor, dando lugar á nuevas exhortaciones del Prelado, que mostrando largamente su sangre fría, la conciencia de su dignidad, y el valor cívico más completo, dijo al pueblo: que el duque de Arcos no había querido ofenderlo, y que supuesto que le descontentaba la fórmula en que se había extendido la cédula, se concertase y dictase otra en los términos que juzgase más honrosos y convenientes, seguro de que la firmaría y sellaría el Virey. Fué, como debía de ser, muy bien aceptada la propuesta, y aquietada la muchedumbre lo mejor posible, se reunieron los jefes populares y los hombres de influencia, y se acercaron al Prelado; pero no ya para extender una simple cédula de indulto, sino para convertirla en una verdadera capitulación con la suprema autoridad: así crecen las exigencias de los motines, á medida que se les van haciendo concesiones.

No agradó mucho al Cardenal el partido que querían sacar los alborotadores de la incanta propuesta, que había juzgado único medio de conciliación. Pero era ya tarde para retroceder, y aviniéndose con el nuevo compromiso, trabajó con sagacidad, secretamente de acuerdo con Genovino, para que los encargados de extender el extraño documento fueran pocos, y gente no muy exagerada. Nombráronse pues al efecto á Masaniello, á Julio Genovino, al nuevo *electo* Arpaya, que llegó á tiempo, á dos ó tres de los jefes populares de más nota y á algunos clérigos y letrados; y presidiendo esta junta poco numerosa por el Arzobispo, se retiró á la sacristía del Cármen á desempeñar su encargo sin demora, extendiendo en toda forma los artículos de una capitulación.

Vivos fueron los altercados, sobre todo cuando apareció la proposición de que fuese entregado el castillo de Santelmo al pueblo, como rehenes y seguridad del tratado; pues hallando casi general acogida en la junta, tuvieron que trabajar mucho el Arzobispo y Julio Genovino para combatirla. Pero manifestando este viejo sagaz que el castillo era del Rey, y que no se le podía quitar sin acto de rebelión, hizo en todos, y particularmente en Masaniello tanta fuerza, que fué desechado el artículo casi por unanimidad. Siguió la conferencia borrascosa, y el Arzobispo cardenal dió en ella claras pruebas de su talento, tino y sagacidad, allanando dificultades, combatiendo no pocas descabelladas exigencias; mostrándose más amigo verdadero de los intereses públicos, que los que con tan escasas luces como exageradas pretensiones, y acaso con miras sospechosas, se llamaban sus más celosos defensores.

#### CAPITULO XI

Mientras continuaba la junta su penoso trabajo, y después de noche tan agitada y borrascosa, apareció la ciudad inquieta y sobre las armas al amanecer del día 10 de julio, cuarto de la sublevación; y Masaniello, que mostraba actividad suma, desarrollándose en él rápidamente un instinto particular de mando, pensó, del modo que podía alcanzar su comprensión, en arreglar aquellas masas, que armadas y sin objeto vagaban por todas partes. Dispuso reunir las y revistarlas para darles una organización cualquiera, que á lo menos las hiciese susceptibles de cierta obediencia, para obrar de concierto y con determinado fin. Pasó pues mues-

(2) Giraffi. — De Santis. — Raph. de Turris.  
(3) De Santis.

(4) Giraffi. — Raph. de Turris.

tra general, con grande espanto de la parte indiferente ó contraria de la población, que vio reunidos y armados en aquel acto más de ciento doce mil hombres. Dividiólos el caudillo popular en pelotones de quinientos ó seiscientos, con sus cabos respectivos; y de la reunión de varios de ellos formó cuerpos ó divisiones, nombrándoles jefes, dándoles bandera, y señalando á cada uno el puesto en que se debía establecer y los puntos adonde acudir en caso de alarma. Trató de formar caballería, reuniendo cuantos caballos de silla y de tiro pudo recoger, y montó en carretas, tiradas por bueyes ó mulas, algunas piezas de artillería. Consiguio completamente el poderoso pescadero verificar esta organización en pocas horas; y deshecha la reunión se quedó, aclamado de nuevo Capitan general del pueblo, con un cuerpo escogido de siete ú ocho mil hombres, en la plaza del Mercado, que era como su cuartel general.

Hecho este arreglo, mandó Masaniello, á pesar de sus ofertas al Arzobispo y del bando publicado la noche anterior, que se registrase de nuevo el ya saqueado palacio de Caivano, por aviso de que había aun ocultas considerables riquezas. Y efectivamente se encontraron detrás de unos tabiques, y fueron entregadas á la voracidad de las llamas. Y refiere Giraffi que las mujeres atizaban la hoguera, obligando á sus hijos, aun á los que llevaban al pueblo, á hacerlo también con sus inocentes manos, maldiciendo en espantoso alarido á los que se engrosaban con la sangre de los pobres.

Otra turba fué de *motu proprio* á asaltar el palacio de Maddalona, salvado la noche anterior. Pero lo halló tan bien defendido por los bravos y gente perdida, ahijada del duque ausente, que no se atrevió á pasar adelante, contentándose con apedrear las puertas y ventanas.

Al mismo tiempo la codicia, que ya empezaba á sacar la cabeza, ó el encono de una enemistad particular, arrancó á Masaniello la orden de asaltar la casa de Cornelio Spinola. Pues aunque era notorio que lejos de ser opresor del pueblo, había aconsejado resueltamente al Virey, primero, que no decretase el impuesto sobre la fruta, y luego, que lo aboliese sin demora, como dejamos dicho; y aunque nadie ignoraba que no había hecho su riqueza especulando con la miseria pública; era muy rico, calidada que basta para ser perseguido en las conmociones populares; porquela envidia y la codicia, cuando se rompe el freno de las leyes, no se andan en reparos para escoger sus víctimas. Afortunadamente avisado á tiempo el opulento genovés, tuvo modo de guarecerse su casa de valedores y amigos armados, que la hubieran á toda costa defendido, dándole espacio para poner á buen recaudo sus caudales y sus más preciosos efectos. Llegados los incendiarios, contuvieron su furia viéndolo que tenían que librar un combate; y Masaniello, ó por no meterse en un nuevo empeño de mala calidad, ó arrepentido de su inconsiderada orden, ó aconsejado oportunamente por Genovino, que debía favorecer al rico comerciante, voló en persona á contener á aquella gente y á evitar la tropelia. Contentó mucho su resolución á la generalidad, lo que visto por el caudillo, y consultando el deseo de los mejor intencionados, dió completa satisfacción del susto al Spinola, proclamándolo intendente general de abastos de la ciudad; aprobó la instable y voluble muchedumbre, convirtiéndole los *mueras* y los baldones en *vivas* y en aplausos.

No asustó menos al genovés este honor tan inesperado, que el anterior insulto, aunque por distinta causa. Y se excusó de admitir el alto empleo que le confería la sublevación, manifestando que, por extranjero y por no ser individuo del consejo, no podía legalmente ejercerlo. Pero insistió Masaniello en que lo aceptara, y sólo otros graves acontecimientos, que vamos á referir, lo libertaron del compromiso.

El poderoso pescadero, cabeza suprema del pueblo de Nápoles, no sólo atendió á organizar la fuerza sublevada, sino también al gobierno de la ciudad, publicando oportunos bandos de policía, cuidando del abasto de la población, y dando vado á todos los negocios públicos. Hizo levantar en la plaza del Mercado un tablado, con un palco en que, acompañado de sus tenientes Domingo Perrone y José Palumbo, del consejero del pueblo Julio Genovino, del secretario Marco Vitale y del nuevo *electo* Francisco Arpaya, administraba justicia, expedía decretos, daba sentencias, oía quejas y despachaba rápidamente, no sin natural facilidad, sana intención y recto juicio, los asuntos más graves. Con su tosea y remendada camiseta, sus calzones de lienzo listado y su gorro colorado de marinero, despechugado y descalzo, gobernaba como autoridad única y supremo magistrado; decidiendo sin apelación en la parte militar, civil y eclesiástica, y entendiéndose con desenfado y agilidad con abogados y notarios, litigantes y pretendientes, sometiendo todos sin réplica á su decisión absoluta. Genovino era quien le dictaba en voz baja las resoluciones. Y refiere el contemporáneo historiador Santis, que antes de pronunciar Masaniello sus acuerdos y sentencias inclinaba un instante la cabeza y se ponía la mano en la frente, como para

reflexionar, pero realmente para poder oír al consejero. Y que un día que para darse más importancia (pues aunque ignorante sabía usar por instinto la charlatanería é impostura necesarias en su posición) dijo á los circunstantes: *Pueblo mio, aunque nunca he sido soldado ni juez, para poder regir con acierto, me inspira el Espíritu Santo*; le contestó un chusco: *Dí que te inspira el Padre Eterno*, aludiendo á Genovino, viejísimo, calvo y con barba blanca.

Cerca del mediodía fué terminada en la iglesia del Cármen la capitulación, que debía ser leída al pueblo para que la aprobase. Y el Cardenal envió á su hermano, fraile capuchino, á Castelnuovo, para dar parte de todo lo ocurrido al duque de Arcos, y exhortarle á no oponer una resistencia inútil á las nuevas exigencias. Este le contestó, que en cuanto fueran aprobados por el pueblo los artículos de la avenencia les daría su sanción. Y entre tanto le envió una pragmática en forma, revalidando el privilegio de Carlos V, alzando todas las gabelas y concediendo indulto completo, sin usar de las palabras *perdon* y *rebelion*, que tan mal efecto habían causado, y acompañada de un billete de su puño pidiendo al Prelado que publicara aquellos documentos en forma pontificia.

Con tan buen despacho, y creyendo el Arzobispo llegado ya el deseado fin de tanto desconcierto, avisó á Masaniello que reuniera el pueblo en la plaza del Mercado, para oír los artículos acordados que debían luego presentarse á la aprobación del Virey, y para publicar solemnemente el privilegio y la pragmática. El jefe popular dió inmediatamente sus órdenes para que á las dos de la tarde concurren en la plaza los cabos de barrio, con parte de su fuerza bien armada y provista, dejando el resto sobrelas armas en sus respectivos puestos.

Llegada la hora se llenó la extensa plaza del Mercado de un inmenso gentío, que acudió ansioso á ver el desenlace de aquel espantoso drama, y el fin anhelado de tan violenta situación. Y al cabo de corto rato, la llegada de unos trescientos bandidos forasteros, á caballo y armados completamente, causó general inquietud. Esta aparición inesperada sorprendió tanto á Masaniello como á la turba. Pero Domingo Perrone lo aquietó, diciéndole que era gente suya y de toda confianza, que venía á reforzar al pueblo y á ayudarle en su empresa. Y esta misma explicación la hizo correr de boca en boca por la multitud. No satisfizo mucho al pescadero, y quiso disponer que se les acuartelara, y sobre todo que dejasen los caballos, porque incomodaban con ellos al gentío. Mas Perrone le aseguró de tal modo, haciéndolos echar pie á tierra, que el cabo los bandidos se mezclaron con el pueblo; y aun algunos de ellos entraron, so pretexto de rezar á la Virgen, en la iglesia del Cármen, donde no faltaba concurrencia.

Entró Masaniello en el convento para avisar al Arzobispo de que ya esperaba el pueblo impaciente la lectura de los capítulos y la publicación del privilegio. Y estaba en la sacristía concertando con el Prelado el modo de verificar uno y otro; cuando Perrone, pálido y alterado le hizo de lejos seña, llamándolo hacia el presbiterio, como para darle algún aviso urgente. Saltó Masaniello presuroso al sitio adonde le llamaba su teniente y amigo, y la detonación de un tiro de arcabuz, cuya bala pasó silbando sobre su cabeza, atronó el templo: *¡traición! ¡traición!* gritó el jefe popular, y otros cinco arcabuzazos le respondieron, sin que lograran herirle. Perrone había desaparecido. Y puesta ya en confusión la turba que ocupaba la iglesia, creció con los que acudieron al ruido de las descargas, comoviéndose la plaza toda. Y en cuanto se divulgó instantáneamente el ocurrido, revolvió la indignada muchedumbre contra los bandidos. Estos pensaron al pronto en resistir; y disparando sus armas fueron contestados con las del pueblo, creciendo la confusión y la gritería. Corta fué la pelea. Furioso el pueblo destruyó sin piedad á los forasteros, haciendo en ellos una terrible carnicería. En vano apelaron aquellos miserables á la fuga, sin provecho buscaban un asilo. Ni la inmunidad del templo, ni la santidad del altar, ni la veneranda imagen de la Virgen les sirvieron de amparo. Mas de treinta fueron hechos pedazos en la iglesia misma, sobre las gradas del presbiterio, inundando con su sangre el pavimento de naves y capillas. Los que huyendo de la matanza de la plaza, donde había ya más de ciento y cincuenta cadáveres, se refugiaron al convento forzando la portería, corrieron la misma suerte. Tres fueron despedazados en la sacristía, uno de ellos bajo el sillón mismo del Arzobispo y oculto con las pontificales vestiduras. Domingo Perrone, descubierta ya que era el alma de la conjuración, y que se había escondido en una celda, murió á cuchilladas bajo el manto de un religioso carmelita, que con valor demodado lo defendió primero, y luego con fervor religioso le ayudó á bien morir; teniendo en seguida, para salvarse del furor popular, que abrazase con la imagen de la Virgen. Un hermano de Perrone fué muerto de un pistolazo. Y seguía por todos lados los bandidos refugiados en las casas contiguas, donde eran buscados con ansia, y lo mis-

mo los que más lejos se escondían: su exterminio era irrevocable. Muchos aun procuraban el asilo del convento, donde corrían su miserable suerte en brazos de los religiosos, que con los crucifijos en las manos y las palabras del Evangelio en la boca, confesaban á unos, absolvían á otros, intercedían por ellos, y aun se predicaban á sí mismos y se confortaban para la muerte, viéndose tan expuestos á ser víctimas del ciego furor popular.

El Cardenal arzobispo se portó del modo más digno y heroico, contentiendo á unos, amparando á otros, dando la absolución á los moribundos, y volando adonde creía ver víctimas que salvar, sin curarse del silbido de las balas, ni de los reflejos de los puñales. En medio de la confusión llegó perseguido y ya herido á ampararse de sus rodillas un tal Antonio Grasso, jefe popular, amigo de Perrone y cómplice en aquella conjuración, y pidió la vida para hacer revelaciones importantísimas. Logró así dilatar su triste fin algunos momentos, y en ellos declaró que los bandidos habían venido por orden y disposición del duque de Maddalona y de su hermano don José Caraffa, de acuerdo con él y con Perrone, para matar á Masaniello y apoderarse de la ciudad; con cuyo objeto nuevas tropas de facinerosos estaban emboscadas cerca y llegarían al anochecer. Esta declaración de Grasso voló de boca en boca, mas tan desfigurada como siempre acontece, y tan monstruosamente acrecentada, que acabó por asegurarse y por creerse que este conjurado había descubierta estar minada toda la plaza del Mercado, sus alrededores y el convento del Cármen, y soterrados ya ventiocho barriles de pólvora para exterminar de un solo golpe al pueblo todo. Y esta especie, aunque tan inverosímil y de casi imposible ejecución, aumentó el furor de las turbas, y no faltó escritor contemporáneo que la refriese como cierta (1).

Terminada tan sangrienta carnicería, profanado el templo, cubierta la tierra de arroyos de sangre, turbia la atmósfera con el humo de los arcabuces y con el polvo de la brega, y asordada con los alaridos de los moribundos, los gritos de venganza insaciable y la algazara del agitado gentío, fueron cortadas las cabezas de los bandidos muertos, y colocadas por orden de Masaniello en unas pértigas al rededor del Mercado y los cuerpos, arrastrados hasta los barrios más lejanos por los muchachos y las mujeres, desaparecieron en los fosos y cloacas; dejando en las calles regeros de sangre y algunos miembros despedazados, de que se encargaba la voracidad de los perros.

#### CAPITULO XII.

Grande y justa era la indignación general contra el duque de Maddalona, autor del horrible atentado, que había impedido la deseada avenencia, estremecido la ciudad, y lanzado al pueblo en la peligrosísima carrera de sangre y de matanza, que lleva sólo á la perdición. Y grande era el rencor y el deseo de venganza que ardía en el corazón de Masaniello, cuya salvación atribuía ya el vulgo supersticioso á milagro de la Virgen, propalando que las balas se habían detenido y aplastado, sin causarle daño alguno, en el escapulario del Cármen que llevaba al cuello.

Concluido el estrago de los bandidos y el de muchos otros, acaso inocentes, que se sospecharon ser sus amigos y valedores, y apasionados otros muchos más por recelo de que les eran adictos, se derramaron armados pelotones por la ciudad, sus arrabales y sus alrededores, para seguir descubriendo y matando fugitivos, é impedir que se acercasen nuevos invasores. Muchos fueron encontrados y muertos, y enviadas sus cabezas á adornar con las otras la plaza del Mercado.

La masa popular y su caudillo Masaniello, en lo que más empeño tenían era en haber á las manos al duque de Maddalona. Y cuando furiosos grupos lo buscaban infatigables, corrió la noticia de que estaba escondido, y era verdad, en el convento de San Efrén, de PP. capuchinos. Dirigióse allá la indignada muchedumbre; pero el duque, advertido á tiempo, vestido de fraile se puso en salvo, y mandó luego un caballo huyó á Benevento. Furioso el pueblo por su evasión revolvió contra su palacio, donde mató á algunos dependientes y lo quemó y destruyó todo. Pero por orden del pescadero se conservaron cuidadosamente las joyas, telas y vajillas que se hallaron emparedadas (2).

Súpose después que aquella mañana se había visto á caballo en un barrio excusado á D. José Caraffa, hermano del duque y su cómplice en el atentado de los bandidos, acompañado del prior de la Rocella, de quien dejamos hecha mención en esta historia; y que se habían ambos ocultado luego en el convento de Santa María la Nueva. Más de cuatro mil sublevados volaron iracundos á buscarlos y descubrirlos á toda costa. El rumor de las turbas avisó á los refugiados; y el Prior trató de convenecer á su amigo de cuánto importaba dejar aquel

(1) Giraffi.  
(2) Giraffi. — De Santis.

asilo y buscar otro más seguro. Pero arrastrado Caraffa por la fuerza de su destino, se obstinó en permanecer allí, y dejó salir solo al Prior, que con buena fortuna consiguió ocultarse en casa de un tintorero, donde no pudieron dar con él. Asaltado el convento, escondieron los frailes á D. José, mientras que fueron inhumanamente despedazados dos de sus gentiles hombres. Crecía el apuro, á medida que la gente iba franqueando por la fuerza la entrada del edificio; y entonces discurrió Caraffa escribir al Virey á Castelnuovo cuatro letras, pidiéndole que tirase algunos cañonazos hacia aquel sitio, para espantar y contener al pueblo. Confió este billete á un lego que se encargó de entregarlo en pocos minutos, y que lo escondió en las sandalias. Mas fué detenido, descubierto y maltratado; redoblándose el furor de los sublevados con la certeza de que allí tenían á la víctima, que tan ansiosos buscaban. En tal conflicto rogó el P. Juan de Nápoles al escondido que huyese, porque ya el pueblo lo invadía y escudriñaba todo, sin respetar ni ya las celdas de los religiosos, sino tampoco los sepulcros, ni los camarines, ni los sagrarios. Decidióse al cabo á la fuga el caballero, disfrazado con un hábito de capuchino y se descolgó por una claraboya del coro á espaldas de la iglesia; y atravesando un corralón y un almacén de seda, salió á una estrecha callejuela, y entró en la casa de una mujer perdida, á quien ofreció una gruesa suma por el secreto. Pero ella, ó por temor del populacho, ó por otra causa, después de esconderlo debajo de su cama, corrió á avisar á los que lo buscaban. Un tremendo alarido de furibunda alegría lanzó la turba al ver en sus manos al hermano del duque de Maddalona. Y arrastrándolo vengativo de un lado á otro, cargado de duros golpes y de groseros insultos, lo llevaron por varias calles como para dilatar su agonía. Aquel ilustre y desventurado caballero, tan orgulloso y tan altivo antes, pedía ahora con dolorosos acentos misericordia, prodigaba humillaciones á sus verdugos, ofrecía gruesas sumas por su rescate. Todo en vano, pues al llegar á la plazuela del Ceriglio, entre la gritería general de *matadlo, matadlo*, recibió dolorosas puñaladas, hasta que un manco, hijo de un carnicero, con la cuchilla de la carne le cortó de un solo tajo la cabeza. Al verla rodar por el suelo éfne universal el aplauso, dice Giraffi, como si hubiera sido la del bárbaro Otomano. Un hombre del pueblo se arrojó á morderle un pie, diciendo se lo iba á comer, porque pocos días antes se lo había tenido que besar (1). Opusieronse los circunstantes á tal atrocidad. Pero recordando que se había asegurado, cuando ocurrió el disgusto del año anterior entre la nobleza y el Arzobispo, por la procesion de San Genaro, que el Caraffa le había dado en lo acalorado de la disputa un puntapié al prelado, le cortaron el pie derecho. Y ensartándolo luego con la cabeza en una pica, llevaron aquel trofeo con gran algazara á la plaza del Mercado, habiéndole puesto un cartelon que decía: *Este es D. José Caraffa, traidor á la patria y al fidelísimo pueblo*.

Presentados estos despojos á Masanielo, los contempló con bárbara complacencia, dió golpes con una varita que tenía en la mano á la desfigurada cabeza, le tiró de los bigotes, le dirigió groseros insultos y horribles sarcasmos, y mandó colocarla con las otras infinitas que adornaban su cuartel general (2), poniéndole para más escarnio una corona de papel dorado. Y en seguida (pues le gustaban las peroratas al pescadero) arengó al populacho sobre lo inexorable de la justicia divina, que tarde ó temprano castiga al malo. Concluido el discurso, entendió en que se colocasen con más orden y simetría las cabezas que circundaban la plaza y de que á cada paso llegaban frescas remesas. Mandó recoger y traer allí el destrozado cuerpo de Caraffa, y lo colocó atravesado sobre una viga. La cabeza y el pie, puestos en una jaula de hierro, los mandó llevar á la puerta de San Genaro, inmediata al arruinado y desmantelado palacio del duque de Maddalona; y ofreció al que le trajese vivo á este personaje ochocientos escudos, y cuatrocientos al que se lo presentase muerto (3).

Pero no cesaba la conmocion popular. Armados pelotones, donde no faltaban niños y mujeres, recorrían la ciudad buscando bandidos ó partidarios de ellos, y con este pretexto saciando cada uno sus particulares venganzas. Los gritos de *muerá, muerá*, resonaban por todas partes. Cuerpos destrozados yacían aquí y allí esparcidos; sangre humana manchaba todas las manos, salpicaba todas las paredes, profanaba todos los templos. Nada había seguro, nada respetado, nada fuera del alcance de los furibundos asesinos. Nunca se había mostrado hasta aquel triste día, en toda su atroz fealdad tan horroroso desorden.

Ni la vida de Masanielo estaba á cubierto. Des-

(1) De Santis.

(2) Como se ve en un cuadro que existe en el Museo de Nápoles, del pintor de aquel tiempo, Mico Spadaro.

(3) Donzelli, - Giraffi. - Agnello della Porta, MS.

de en medio de la confusion le dispararon dos tiros de arcabuz, que tampoco le hirieron, y fué imposible saber quién los había disparado.

Gran temor causó esta ocurrencia al supremo jefe popular, y el peligro propio le obligó á poner todo su conato y á emplear sus esfuerzos todos en sosegar lo más pronto posible aquella indomable agitación. Se lanzó decidido en medio de las furiosas turbas, buscó y reunió á sus partidarios, aunque después de la reciente traicion de Perrone desconfiaba de todos, y logró al cabo hacerse oír, y poco después hacerse obedecer, dictando severas medidas para restablecer el orden é imposibilitar nuevas tentativas contra su persona. Aumentó la talla por la cabeza de Maddalona, que era la fantasma que le perseguía. Mandó, so pena de la vida, que nadie usase capa ni lenguas vestiduras, para que no pudieran ocultarse armas bajo el ropaje. Y fué tan exactamente obedecido, que hasta el cardenal Filomarino y todos los eclesiásticos vistieron al momento de corto, y las mujeres mismas llevaban recogido á media pierna el faldamiento. Prohibió, con pena de muerte, que se saliera sin permiso suyo de la ciudad, y que entrase en ella nadie que no trajese vitallas para el abasto público, y esto después de bien reconocido y registrado en las puertas. Mandó que todos sus partidarios pusieran una señal convenida á la puerta de sus casas. Y dispuso terminantemente cortar los viveres á los castillos, y romper los caños y acueductos que los proveían de agua. Publicó bando para que todos los vecinos iluminasen sus casas por la noche. Ordenó que en las plazas se encendiesen grandes hogueras. Dedicó la noche toda á abrir zanjas y levantar barricadas y reparos en los puntos más importantes, para evitar una sorpresa. Y tomó las más rigurosas medidas para que no faltase agua á la poblacion, conseruada de nuevo con la noticia vaga de que un bandido, antes de morir, había declarado que estaban envenenadas las fuentes de la ciudad (4).

El duque de Arcos, estuviese ó no de acuerdo con Maddalona, quiso en un principio mandar romper el fuego al castillo de Santelmo y disponer una salida. Mas cuando vió errado el golpe de los bandidos, temió exacerbar al pueblo triunfante, capaz ya de todo en aquellos momentos de exaltacion. Y escribió un curioso billete al cardenal Filomarino, mostrándose muy disgustado de lo ocurrido, encargándole que entregase al pueblo los bandidos que pudiera haber á la mano, pues él haría lo mismo; y rogándole anudase á toda costa las negociaciones.

El Cardenal, en cuanto empezó á calmarse la agitación, volvió sin pérdida de instantes á poner en juego sus recursos. Y aunque las circunstancias habían empeorado mucho y los ánimos estaban hartos encendidos, llegó á proponer á Masanielo, que le miraba siempre con veneracion profunda y con religioso respeto, que se enviaran al Virey los articulos para que los aprobase; y conseguido el objeto que se proponia el fidelísimo pueblo, se restableciese la calma en la ciudad y se repusiese su vecindario de tantos sustos y desventuras.

Muchos de los jefes de la sublevacion, acalorados con lo ocurrido, se oponian vigorosamente á seguir ningun trato con el Virey, proclamando guerra á muerte contra la nobleza y los españoles. Pero los consejos de Genovino, que ademas de estar ganando empezaba á temer el progreso indomable que iba tomando la conmocion, y veía á Masanielo desconfiado é indócil emanciparse de su influencia, consiguieron templar los ánimos lo bastante para dar oídos á los que predicaban paz. Y el prestigio del Arzobispo, fundado en gran parte en su conocido odio á la nobleza y en su poca deferencia por el Virey, y aun por el gobierno español, logró dar entrada á la razon y convencer á todos, de modo que se resolvió finalmente el enviar á Castelnuovo los articulos acordados, y que las tristes ocurrencias del día habían impedido que fueran públicamente leídos.

Eligióse para mensajero á un clérigo, sobrino de Palumbo, y muy zafio y muy presumido, que se llamaba don José Fattoruso, acérrimo partidario de las más extravagantes exigencias del populacho. Presentóse á prima noche este negociador al Virey, quien cuidó de halagar su vanidad recibiendo magníficamente y con toda ceremonia. Y reuniendo el consejo, y llamando á todos los secretarios de decretos, mandó sacar varias copias de los articulos, discutiéndolos al mismo tiempo ligeramente, y aprobando luego su contenido. El clérigo era quien dictaba, por no soltar el original, con una prosopopeya ridicula y con un tono tal de suficiencia, que á pesar de lo serio de las circunstancias provocaba la risa de los que allí estaban. Cuando llegó al artículo en que se exigia la igualdad de votos y de prerogativas del pueblo y de la nobleza en los *sediles*, un caballero de alta jerarquía manifestó alterado, que aquello era mucho pedir, y que no se podia consentir en ello. Y levantándose con furia muy cómica el cleriguillo, dijo en tono decisivo: *señor mio, así lo quiere Masanielo*. Y el Vi-

(4) Giraffi. - De Santis. - Capecelatro, MS.

rey, conteniendo con una severa mirada al opositor, contestó: *si, señor, muy bien, cámplese el gusto del señor Masanielo* (5). ¡Tan apuradas andaban las cosas! Con esto se calmó Fattoruso, quedó convenida la capitulacion, y se creyó que al nuevo día quedaría definitivamente arreglada la ciudad.

Terrible fué aquel para el duque de Arcos, pues no sólo le pusieron en cuidado la ferocidad del pueblo, la audacia de los sublevados, y los espantosos sucesos que á su vista habían ocurrido, sino tambien las noticias de que la insurreccion cundía rápidamente por el reino, aunque con diferentes formas. En Sorrento había habido graves conflictos y alborotos, quedando el pueblo triunfante. En Salerno había sido atropellada la autoridad, y se habían abolido todas las gabelas. En Aversa empezaban con sangre los disturbios. En Abruzzo, Puglia y Calabria reinaba la mayor confusion. Ya empezaba á conocer el áncos terco y luego perplejo Virey que corría grave riesgo la fidelidad y dependencia de aquel importantísimo estado, conducido con sus desaciertos y con las inconsideradas exigencias de Madrid, al último grado de desesperacion.

#### CAPITULO XIII

Con el nuevo día, que fué el 11 de julio, prosiguieron activamente las obras de fortificacion en los barrios; se enviaron gruesas partidas á caballo para hacer la descubierta; salieron nuevos emisarios á extender el odio á la nobleza y á los españoles, y se aprestaron más piezas de artillería. Tambien se redoblaron las pesquisas para buscar á los bandidos que aun pudieran estar ocultos en la ciudad; y sobre todo para descubrir y haber al duque de Maddalona, blanco del odio encarnizado del pueblo y de la sed de venganza de su caudillo.

Publicóse un bando obligando, so pena de la vida, á los nobles á que enviaran á alistarse en la tropa popular á todos sus criados y dependientes, con caballos, armas, municiones y asignacion. Muchos lo ejecutaron inmediatamente; otros se excusaron con la notoria pobreza á que la sublevacion los había reducido, manifestando que no tenían más que su persona y su espada, no admisibles entonces por sospechosos.

Puso Masanielo precio cómodo á los comestibles. Y porque en el día anterior había habido violencias, cuyo temor mantenía cerradas las tiendas, y retraídos á los trajeros, dispuso la publicacion de un bando en forma regular, prohibiendo con pena de muerte todo insulto y molestia á los puestos de comestibles y á los que se dedicaban á abastecer la ciudad; mandando á los capitanes de barrio no permitiesen separarse de ellos á ningun individuo armado; y condenando, en fin, á la pena de traidores á los que incendiaran, saquearan ó causaran daño á los pacíficos habitantes.

Cuando entendia en estos arreglos, le avisó una mujer que habían visto al duque de Maddalona á caballo en la Arenela, casual inmediato; mandó Masanielo gratificarla con cincuenta escudos, y doblando la talla por la cabeza del duque, envió á buscarlo al punto indicado una tropa de gente montada. Fué en vano la diligencia; estaba ya en salvo, y sólo hallaron á dos criados suyos y á su barbero; los cuales tres infelices insultados, golpeados y heridos, fueron llevados con gravísimo peligro de la vida á la plaza, y presentados al jefe popular. Hizoles éste reiteradas preguntas sobre el paradero de su amo; pero, ó por ignorarlo verdaderamente, ó por honrada fidelidad, se mantuvieron firmes en que nada sabían. El pueblo quiso hacerlos pedazos, pero Masanielo consiguió impedirlo, y los dejó ir en libertad. Lo mismo hizo con dos caballeros, que por querer huir de la ciudad, saliendo de ella sin permiso, habían incurrido en la pena de muerte. Llevados ante su tribunal los declaró libres de todo cargo, y les dió un pase para que fueran donde les pareciese. No fué tan afortunado un panadero acusado de haber dado el pan faltó. Lo hizo confesar en el acto por un fraile, y cortarle la cabeza por el verdugo.

Ciertamente era tan grande (lo aseguran todos los autores contemporáneos) el instinto de orden y de gobierno que manifestaba Masanielo, tan extraordinario el prestigio de su presencia y de su nombre, tan absoluto el dominio que ejercía en las turbas, que los hombres más ilustrados de Nápoles, y el mismo cardenal Filomarino, estaban atónitos y pasmados, dando margen á la ignorancia para creerlo inspirado. Y se esparcieron mil ridículos cuentos y patrañas aplicándole frases de la Escritura (6). Y hasta lo creyeron San Juan Bautista, según refiere una curiosa carta de aquel tiempo, que original hemos visto (7).

Las noticias de lo ocurrido en Nápoles llegadas á Roma, pusieron en agitación al Papa y sus ministros, excitados diestramente en contra por el conde de Oñate, embajador español, y secretamente en

(5) De Santis.

(6) Giraffi.

(7) En un códice de la librería del príncipe de San Gregorio.

favor por el marqués de Fontenay Mareuil, que lo era de Francia. Y entre tanto que aquel exigía del Padre Santo órdenes terminantes por el Cardenal arzobispo, y para todo el estado eclesiástico del revuelto reino, mandándose ayudar al Virey y procurar por todos los medios imaginables acabar con la sublevacion; éste oponia obstáculos y dilaciones á que se expidiesen. Y conociendo la oportunidad para sustraer del dominio español tan rico é importante estado, envió secretamente á Nápoles emisarios, que acaloraran la conmocion, y que si era posible la dirigiesen en el interes de la casa de Francia, que tanto anhelaba rehacerse con la posesion de aquel reino.

El fidedigno historiador Tomás de Santis refiere, que en un día de confusion popular se acercó á Masanielo varias veces un hombre desconocido disfrazado de mujer, que con acento extranjero le dijo: que la suerte le ofrecia una buena corona, si tenia habilidad para procurarse la alianza de alguna nacion poderosa; con otras frases para animarlo á no desperdiciar la ocasion que la fortuna le presentaba. Y que Masanielo, sin hacerle caso alguno, le contestó rudamente, que no queria más corona que la de la Virgen, ni más fortuna que librar al pueblo de las gabelas, volviendo luego á sus banastas y á vender pescado por la ciudad. Este acontecimiento, y las noticias que unos barqueros de Prócida, llegados de Roma trajeron, de que había allí un príncipe francés, que se interesaba mucho por Masanielo y por los napolitanos, y varias especies de cuando en cuando circulaban por los corrillos sobre la necesidad de apoderarse de las fortalezas, de hacer guerra á muerte á los españoles, y de pedir socorro á los franceses; especies que, en honor de la verdad, siempre eran rechazadas por la muchedumbre, combatidas por Genovino, y consiguientemente por Masanielo, prueban evidentemente que agentes secretos de Francia empezaban ya á trabajar de concierto aprovechando la oportunidad.

Estos incidentes de que llegaba la noticia, tal vez abultada, á Castelnuovo, y el ver que aunque aprobadas ya las capitulaciones, avanzaba el día sin arreglarse nada, y que proseguian con actividad las obras de fortificacion, creciendo en consistencia el levantamiento con los nuevos decretos y disposiciones gubernativas del caudillo popular, traian inquieto al Virey. Y envió mensajeros al Cardenal, con una carta en que le pedía que apresurase la publicacion de los capitulos acordados, porque toda dilacion podia perjudicar al servicio del Rey y aumentar los desastres de la ciudad. El Prelado, conociendo tambien la gravedad de las circunstancias y lo peligroso de las dilaciones, habló á Masanielo, requirió á Genovino, y puso en juego su autoridad personal para que no se retardase en dar cuenta al pueblo de la capitulacion, con lo que debían volver las cosas á su estado normal. Y así que vio todo preparado y dispuesto convenientemente, envió á Castelnuovo á su maestro de cámara para anunciar al Duque que iba á cumplirse su deseo. Contestóle el Duque con un billete manifestándole su satisfaccion, y que se ponía para todo en sus manos.

Ya estaba convocado el pueblo para hora determinada, en la plaza del Mercado, donde debían publicarse en toda forma el privilegio, la pragmática y la capitulacion, debiendo volver en seguida á ejercer la suprema autoridad el Virey, y desahacerse completamente el alboroto y la reunion popular, por haber llenado su objeto; cuando un nuevo incidente vino á turbar los ánimos, y á poner en duda la buena fe de los convenios. Y fué que las galeras de Nápoles que estaban en Gaeta, mandadas por Giannettino de Doria, aparecieron en el golfo, navegando con próspero viento hacia el fondeadero. Puso su vista en grande temor al pueblo, y á Masanielo en cuidado. Lo que advertido por el diligente Filomarino, envió á toda prisa al castillo á su teólogo consultor, para rogar al Virey que las hiciese retroceder inmediatamente. Este conociendo y apreciando las circunstancias, contestó por escrito al Prelado, incluyéndole la orden para detener las galeras y ponerlas á la disposicion del pueblo.

Tranquilizados los ánimos de todos con esta prueba de buena fe, y satisfecho Masanielo, envió en una lancha orden á Doria para que virase en redondo y se mantuviese á una milla del puerto. Fué al instante obedecido, y con la misma lancha mandó Doria á tierra uno de sus oficiales para saludar en su nombre al jefe popular. No admiró poco al marino el aspecto del pueblo, y más que todo la juventud, facha, rudeza y miserable traje del pescadero, á quien trató de ilustrísima, como ya lo hacia el mismo Virey. Recibiólo Masanielo con cómica gravedad; y como el recién llegado le pidiese permiso de desembarco para el general, y algunos viveres de refresco, nególe lo primero, encargando que ni un solo soldado viniese á tierra, y concedióle lo segundo, mandando enviar á bordo inmediatamente cuatrocientas hornadas de pan, pipas de vino y otras vitallas.

Arreglado este negocio, se dispersó el pueblo, mientras llegaba la hora de la lectura de los capi-

tulos, á proseguir (á pesar de los bandos y prohibiciones, dados mas *pro formula* que para que se obedeciesen) en los incendios y saqueos; y por cierto que no campeaban ya en ellos el desprendimiento y el horror al robo, que en otra ocasion elogiamos (1). Fueron pues quemadas y robadas aquella mañana las casas del presidente Fabricio Cenamo, de Vicente Cuomo, y de otros pudientes. Y nacieron disputas y riñas muy serias sobre el reparto de los despojos.

Al cabo, hechos los preparativos y llegado el momento, se verificó la deseada publicacion y lectura de los capitulos del convenio, en la iglesia del Cármen con toda solemnidad. El Arzobispo, bajo un dosel levantado delante del altar mayor, presidió el acto, estando á sus lados de pie Masanielo, Palumbo, Genovino y Arpayá, la iglesia atestada, y la plaza llena toda de apretado gentío: el privilegio, la pragmática y la capitulacion fueron leídas desde el púlpito y publicadas á són de trompeta y con todas las formalidades de estilo por un notario público. Acabada la ceremonia, subió al púlpito Genovino, arengó al pueblo felicitándole por su triunfo, y propuso que se cantase un *Te Deum*. Y entonando él mismo el primer versículo, siguiólo todo el pueblo acompañado del órgano de la iglesia. Gran entusiasmo causó esta solemnidad; y aunque no faltaban semblantes pálidos y desconcertados de los que sentían tuviesen término los desórdenes, la generalidad estaba satisfecha y repetía alegres vivas al Cardenal, á Masanielo, y tambien al Virey.

Este, en cuanto recibió aviso del buen éxito del acomodo, se trasladó del castillo á palacio, y envió á su capitán de guardias don Diego Carrillo, á dar gracias á la ciudad, recorriéndola toda á caballo, y á invitar á Masanielo á venir á verlo y á recibir mercedes. Asustóse el pescadero con el convite, y preguntó sobresaltado al Arzobispo si serian cadenas y horca las mercedes que le esperaban (2). Lo tranquilizó el prelado, dándole grandes seguridades, y aconsejándole no retardara la visita. El sin embargo quiso consultarlo con el pueblo, y vió que la opinion general era que debía ir á palacio, con lo que se resolvió á hacerlo. Pero no queria separarse del Cardenal, con quien quiso con gran empeño confesarse antes. Mas éste le dijo que no era necesario, y que cuando todo estuviera tranquilo tendria tiempo de hacerlo más despacio y con mejores auspicios; y le aconsejó que para ir á ver al Duque mejorara de traje, vistiéndose no sólo decentemente, sino como convenia tanto á su carácter de Capitan general del pueblo, cuanto al decoro de la suprema autoridad á quien iba á presentarse. Rehusó Masanielo el dejar sus harapos, pero impelido, según él mismo dijo, por el Arzobispo hasta con pena de excomunion, se puso un magnifico vestido de tela de plata, obligado á su hermano, más joven que él y de la misma condicion, á mejorar de ropa. Y como se vistió delante de todos en medio de la plaza, manifestó lo demudado, desengañado y fiaco que se había puesto en sólo cinco días que llevaba de no comer, dormir ni sosegar, pues parecia un esqueleto, como dice Giraffi, y apenas podia moverse ni tenerse en pié, de decaimiento y debilidad.

#### CAPITULO XIV

A media tarde el Arzobispo en su carroza, llevando á un lado á Masanielo lujosamente ataviado, y en un hermoso caballo torcido con rico caparazon y vistoso penacho, al otro al *electo* Arpayá tambien á caballo, y detrás en una silla de manos á Julio Genovino, y seguido de todo el pueblo con aplauso universal, partió de la plaza del Cármen y se dirigió á palacio. La carrera estaba recien barrida y regada, adornada con ricas colgaduras, henchida de gente; reinaba gran orden en el bullicio, y las campanas á vuelo publicaban la alegría de la ciudad. Precedía á está procesion un trompeta, que tocaba, y gritaba en seguida: *¡viva el Rey! ¡viva el fidelísimo pueblo!* Y como una vez añadiese de motu propio *¡viva Masanielo!* éste indignado arremetió á él, lo asió de los cabellos y lo quiso matar (3).

Al llegar á la plaza del castillo, había crecido tanto la concurrencia, que era imposible abrirse paso, por lo que tuvo que detenerse la procesion en Fontana-medina. Allí el capitán de la guardia del Virey llegó á caballo y sin armas al encuentro de Masanielo para saludarlo en nombre del Duque, y manifestarle el placer con que iba á ser recibido. El pescadero oyó la embajada con gravedad y casi altanería, y contestó pocas palabras, discretas y oportunas; pues el poder supremo, aunque de pocos días, da á veces temple á los más humildes, y tono elevado aun á los más zafios y miserables. En seguida ocurrió una curiosa escena, cuya relacion vamos á traducir literalmente del ingenio cronista Alejandro Giraffi, que parece la presencia, y que conserva en su pluma la fisonomía de la época y el sello de las circunstancias.

(1) De Santis.

(2) Giraffi.

(3) De Santis.

Dice pues aquel contemporáneo escritor: «Parán-dose Masanielo, y haciendo seña al pueblo, que ascendia ya al número de veinte mil almas, de que no pasara adelante, en un punto, con increíble silencio, quedó muda é inmóvil aquella innumerable muchedumbre. Púsose luego Masanielo de un salto en pié sobre la silla de su caballo, y con alta y amorosa voz dijo: - ¡Pueblo mio! gracias sean dadas á Dios con eternas voces de júbilo, por la antigua libertad reconquistada. ¿Quién de vosotros creeria tal cosa? Parece un sueño, una fábula, y veis que es verdad, que es un hecho. Infinitas gracias demos á la beatísima Virgen del Cármen, y despues á la paternal benignidad del Emmo. Sr. Cardenal nuestro pastor. Vamos, pueblo mio, ¡quiénes son nuestros amos!... Responded conmigo: Dios y la Virgen del Cármen. - Y el pueblo lo repetia. - El rey Filipo (proseguia Masanielo), el cardenal Filomarino y el duque de Arcos. - Y el pueblo con inmediato y conforme eco repudiaba las voces de su general. Hizo éste breve pausa, sacó del pecho los privilegios del Rey don Fernando y del Emperador Carlos V, con las nuevas pragmáticas firmadas por el Virey, Colateral y consejo de Estado, y con más alta voz continuó: - Ya estamos libres de todo impuesto, ya descargados de tanto peso. Ya están quitadas y abolidas todas las gabelas. Ya se nos ha restituido aquella cara libertad que nos concedió el Rey Fernando de feliz memoria, y que nos confirmó el Emperador Carlos V. Yo nada quiero ni nada pretendo más que la pública felicidad. Muy bien sabe el Emmo. Cardenal arzobispo mireta intencion, pues se la he dicho y redicho mil veces con juramento. Y tambien sabe que al principio de nuestros justos resentimientos, por el deseo que tenia su Eminencia de ver quieto al pueblo, me ofreció con generosidad régia doscientos escudos al mes de su propio bolsillo, por todo el tiempo de mi vida, con tal que no fuésemos adelante en nuestras pretensiones, tomando á mi cargo el ponerlos de acuerdo lo mejor y más brevemente posible; la cual oferta rehuse siempre, dándole infinitas gracias. Tambien sabe que si no me hubiera visto apretado una hora hace por su Eminencia con el tenaz vínculo de un precepto, y atemorizado por el espantoso rayo de la excomunion, para ponerme el vestido que llevo, jamás hubiera dejado mis ordinarios harapos de marinero; porque tal nací, tal viví, y tal pretendo vivir y morir. Despues de la pesca de la pública libertad, que la haré en el tempestuoso mar de esta ciudad afligida, volveré á la otra antigüa, y á vender pescado, sin reservarme para mi casa ni un alfiler. Os ruego, pues, ya que ninguna otra cosa os pido, que cuando yo muera me rece cada uno de vosotros un *Ave Maria*. - ¿Me lo ofreceis? - Sí, sí, respondieron universalmente todos, lo haremos con mucho gusto, pero de aquí á cien años. - Os doy gracias, prosiguió Masanielo, y por el amor que os tengo quiero daros un consejo: no dejéis las armas de la mano hasta que vuelvan de España confirmadas y reconocidas por el Rey nuestro señor, las gracias recibidas y los capitulos estipulados. Y no os fieis jamás de los nobles, porque todos son traidores y enemigos nuestros. (Aqui se extendió en palabras tales y de tanto despecho, que por modestia las llamamos.) Y prosiguió, yo voy á negociar con S. E.; dentro de una hora me volveréis á ver, ó mañana lo más tarde. Pero si mañana por la mañana no estoy con vosotros, destruid á fuego y sangre el palacio y toda la ciudad. - ¡Me dais todos nuestra palabra de hacerlo así? - Y como que lo damos, y que lo haremos, respondió resueltamente el pueblo, podeis estar bien seguro de ello. - Bien, muy bien, continuó Masanielo; de cuanto hasta ahora hemos hecho está grandemente contento S. E.; porque, aunque se han quitado las gabelas, no ha perdido nada S. M. Quien ha perdido es esa nobleza enemiga nuestra. Ya está pobre, ya han vuelto á la primera mendicidad los avaros y voraces lobos de tantos asentistas y partícipes, que comen y vendian nuestra sangre. El que ellos pierden reduna en gloria de Dios, servicio de nuestro Rey, y público beneficio de la ciudad y del reino de Nápoles. Ahora serás verdadero rey de este inclito reino de Nápoles, rey Filipo; ahora adornará las sienas del monarca español la más rica corona que jamás ha ceñido; ahora cuanto le demos (en lo que andaremos todos á porfia en todo tiempo, por más que digan los enemigos envidiosos de la austriaca grandeza), será verdaderamente suyo. No como acontecia antes, que le dábamos tesoros, y se convertian en humo. Por esto está tan contento de lo que hemos hecho y de lo que hagamos el señor Virey, como que ve destruidos á sus verdaderos enemigos. - Dichas estas y otras muchas palabras, se dirigió al señor Cardenal y le dijo: Eminentísimo señor, dad la bendicion al pueblo. - Sacó la cabeza del coche su Eminencia y con dos signos de cruz á una y á otra parte por las ventanillas, dió su pastoral bendicion. Y como despues de esto quisiese seguir adelante la cabalgata, era tan grande de la apretura del inmenso gentío apiñado en la plaza del Castelo, que imposibilitaba el paso. Y por esto, y por no parecer conveniente que en